

bach. Al tratar de fijarse la capitulación electoral que, como renovación de las leyes fundamentales del Imperio, hubiera podido dar ocasión al planteamiento de reformas, resucitaron las antiguas tendencias particularistas que veían en la mayor limitación posible del poder imperial, una garantía para el bienestar y la paz del Imperio. Parece increíble que en aquella época, en que la debilidad del jefe del Imperio era objeto de burlas, se buscasen todavía nuevos medios de estrechar su esfera de acción, tales como consignar que el emperador no podía dar instrucciones ni dictar disposiciones a los tribunales, ni introducir nuevos Estados en el Imperio, especialmente con derechos personales, ni levantar fortaleza alguna en los territorios imperiales. Los Estados se reservaron el derecho de enviar delegados especiales para las negociaciones de paz y confiaron la defensa de sus derechos a las guarniciones que se encontraban en Francia y que habían sido disueltas en virtud del nuevo orden de cosas. El clero abordó con disgusto la cuestión de la libertad de escribir y de leer, pidiendo que no se tolerara libro alguno que no estuviera conforme con los sagrados libros de las religiones católica y protestante, con las buenas costumbres ó con la conservación del orden público. En cambio no hubo nadie que pidiera la supresión de los abusos que existían en la esfera administrativa y que habían sido señalados repetidas veces en distintos folletos. La mayoría de los soberanos del Imperio no veía la importancia del movimiento que se operaba en la nación francesa y no sospechaba el peligro que por este lado les amenazaba.

La elección tuvo efecto el día 30 de setiembre y recayó, como era de esperar, por unanimidad, en Leopoldo, el cual considerándola de antemano segura, había podido hacer sus preparativos. En el curso del mes de setiembre, la familia real salió de Nápoles y por Fiume se dirigió a Viena, en donde se verificaron (19 de setiembre) tres matrimonios entre las dos familias reinantes: el del archiduque Francisco con la princesa María Teresa, el del archiduque Fernando, gran duque de Toscana, con la hermana de aquella, María Luisa, y el de la archiduquesa Clementina con el heredero de la corona de Sicilia, Francisco Genaro, que estuvo representado en la ceremonia por el archiduque Carlos. En 23 de setiembre, Leopoldo y su esposa pasaron el Danubio por Neuburg, en donde fueron visitados por el elector de Baviera, y se dirigieron a Mergentheim, encontrándose allí con su hermano Maximiliano y la reina Carlota de Nápoles. En Aschaffenburg recibió la primera noticia del resultado de la elección, que le comunicó el mariscal del Imperio, conde de Pappenheim, y poco después el decreto de la elección que le entregó el duque Carlos de Mecklenburgo, delegado al efecto por la comisión electoral. En Aschaffenburg se les unieron también María Cristina y el duque Alberto, a quienes había invitado para las fiestas que debían celebrarse, y que le acompañaron a Francfort, donde hizo, en 4 de octubre, su entrada triunfal. La coronación tuvo efecto el día 9 del propio mes con la pompa acostumbrada y con asistencia de muchos extranjeros; y la impresión que produjo en los contemporáneos está fielmente pintada en las siguientes palabras de un testigo presencial: «Nada puede dar mejor idea de la pueril y vieja Constitución del Imperio alemán, que la mascarada de esta coronación, brillante en sus desgarrados jirones (1).» Uno de los que mas suntuosidad desplegaron fué el elector de Tréveris, Clemente Venzel de Sajonia, que llevó por el Maine un magnífico yacht en el cual se servían suculentos almuerzos y cenas. Las subvenciones que se acostumbraban a dar a los electores eclesiásticos para atender

(1) *Memorias de Ritté Lang*, I, 212.

a los gastos de la coronación, fueron entonces suprimidas, pues se dijo que si podían consentirse en una elección de rey de Romanos ó de regente del Imperio, no cabía exigir las en una elección imperial. Cuando la elección de José II como rey de Romanos, los obispos de Colonia y de Tréveris habían recibido, además del regalo acostumbrado, 75,000 y 59,000 florines respectivamente. Por tanto aquellos magnates, que habían contado con la subvención, formularon pretensiones sobre ella; pero Kaunitz, en este punto, se mostró inquebrantable, aunque después confesó que el elector de Maguncia había visto con disgusto aquella mezquindad y que «a pesar de todo lo que se hizo en bien del Imperio y de las atenciones que se le guardaron, quedó resentido y no pudo ocultar el descontento que le causó el apuro en que por cuestión de dinero se había encontrado (2).»

En medio del bullicio de las fiestas, convinieron Leopoldo, María Cristina y Alberto los principios según los cuales debían estos gobernar en los Países Bajos, cuya reconquista se consideraba segura. El emperador trató también con Spielmann, que formaba parte de su séquito, acerca de los principales puntos del manifiesto que el conde de Mercy debía leer ante el congreso del Haya, como última palabra del emperador a los Estados rebeldes. Poco tiempo después de la coronación (16 de octubre), regresó Leopoldo con la real familia de Nápoles a Austria para ser coronado rey de Hungría.

II.—LA PACIFICACION DE LOS PAISES BAJOS Y DE HUNGRÍA

Los Países Bajos en manos del partido clerical.—Cruzada contra los imperialistas.—Pacificación de los Países Bajos y de Hungría.—Situación de los partidos después de la victoria.—La Dieta húngara.—Coronación en Hungría.—La Dieta de Transilvania.—El Congreso nacional servio.—Debates de la Dieta húngara.

A la muerte de José, Bélgica parecía completamente dependiente y podía esperarse que, como la Holanda, entraría a formar parte del número de Estados europeos autónomos. Inglaterra y Holanda habían tolerado que privadamente se apoyara la insurrección; pero en el tratado de Loo (9 de enero de 1790) se unieron a Prusia tan solo para aceptar la garantía de la antigua Constitución belga, con arreglo a los principios contenidos en el tratado de 1715. Desde que se inició la cuestión, las potencias marítimas se mostraron dispuestas a decidir de la suerte de los Países Bajos, con ó sin el auxilio de Prusia, en pro ó en contra del Austria. Leopoldo evitó el discutir con aquellas el derecho de intervención, a pesar de que sostenía el suyo hereditario y la soberanía de la casa de Austria sobre Bélgica, contentándose con apartar poco a poco a Prusia de la alianza con las referidas potencias. Sus ideas fueron expuestas por él en la carta que con fecha 2 de marzo escribió a María Cristina: «Nuestro primer cuidado debe ser conseguir la paz, evitar la guerra y tranquilizar a las cortes extranjeras para poder luego ejercer nuestra acción en los Países Bajos y en Hungría.» Que el emperador estaba decidido a entrar en la senda de las inteligencias lo demuestran no solo la conocida profesión de fe de 25 de febrero, sino también el documento de 17 del propio mes que, en nombre suyo, debía ser leído a los Estados inmediatamente después de la muerte de José. En él les ofrecía, como ya llevamos dicho, la derogación de todas las innovaciones, el restablecimiento de la Constitución y de la administración antiguas y una amnistía general. Además, llevado de su celo, estaba dispuesto a renunciar en pro de

(2) Kaunitz al rey Francisco, 10 de marzo de 1792. Bivenot, *Fuentes para la política imperial alemana del Austria*, I, 411.

la nación los derechos y garantías que se habían hecho prestar sus antepasados desde Carlos V. Así procuró ajustar los actos de su gobierno a los principios contenidos en el acta de alianza de 20 de enero de 1790, los cuales solo debían ser modificados en el sentido de que en vez de un presidente electivo fuese el príncipe heredero el que se encontrara al frente del Estado, completamente autónomo. Las instrucciones que en 1.º de enero, antes de partir de Florencia, había enviado, en una carta a su gobernador, que entonces había encontrado un asilo en Poppelsdorf, junto a Bonn, tenían por objeto no permitir que los incidentes militares turbaran la acción pacificadora y contenían la resolución de conservar a toda costa la posición fuerte del Luxemburgo, pues la reconquista, caso de ser necesaria, solo podía partir de allí. El general Bender no debía atacar a los patriotas, sino mantenerse simplemente a la defensiva, a no ser que se viera atacado, en cuyo caso debía rechazar enérgicamente el ataque. Los gobernadores debían tratar directamente con la nación, apoyar a los partidarios del Austria, é intentar la reconquista por lo menos de una provincia.

El manifiesto de 17 de febrero llegó a manos de los Estados con algunas modificaciones referentes al poder soberano del Congreso y a las atribuciones militares del príncipe, y con el ofrecimiento de una suma de libertades, merced a las cuales pudieran realizarse las ideas mas democráticas. El ofrecimiento, sin embargo, no fué aceptado; el Congreso dejó el manifiesto sin contestar, y se complació además en arrojar del país a todas las personas que habían estado al servicio de los gobernadores austriacos. Esta conducta del Congreso era consecuencia de la influencia que en él ejercía van der Noot, jefe del partido clerical revolucionario. Un gran número de demócratas (vonckistas) estaban convencidos de que sus aspiraciones tenían muchos puntos de contacto con las tendencias de Leopoldo y de que lo mas conveniente para la causa de la libertad y del verdadero progreso era aceptar las condiciones por él propuestas. Van der Mersch, el único militar de talento con que podían contar los Estados, se había expresado en los siguientes términos hablando de las proposiciones de Leopoldo: «Tened en cuenta que hoy os ofrecen oro y quizás mañana solo podéis recibir cobre.» Van der Noot dirigió precisamente sus ataques contra van der Mersch para arrebatar a los demócratas la mas importante y popular de sus fuerzas. Esto coincidió con la instalación del régimen clerical que se estableció en Bruselas a consecuencia de los tumultos de 16 y 17 de marzo de 1790. Ocho días antes, cuando las compañías de voluntarios rechazaron la fórmula de juramento que en favor de los Estados pidió van der Noot, pudo Vonck disolver el Congreso, pero creyó mas prudente mostrarse magnánimo y con su autoridad evitó que los miembros de aquella asamblea fuesen arrojados por las ventanas, como se había proyectado. La magnanimidad es, sin embargo, la peor arma que puede emplearse contra el fanatismo y la teocracia, los cuales solo respetan a sus adversarios cuando estos les enseñan los dientes. Así hubieron de experimentarlo, pues la revisión constitucional que habían propuesto permitió a los clericales lanzar sobre ellos las masas, de antemano preparadas, de sus ciegos partidarios. El arzobispo de Malinas había declarado, en una pastoral, a los liberales enemigos de la religión diciendo: «quieren destruir la felicidad de los buenos ciudadanos con los frívolos y pérfidos sofismas de la filosofía del siglo actual.» Una carta de su secretario, que fué remitida a todos los párrocos y prepositos, declaraba a todoliberal traidor a la patria y perturbador del orden público, «porque pretendía introducir innovaciones en la religión y en la Constitución.» Este documento debía ser firmado

por los seglares mas notables de cada parroquia y devuelto luego al arzobispo, con la particularidad de que el que no lo firmaba quedaba excluido de los sacramentos (1). Se ve, pues, cuán antiguos y proverbiales son los medios de agitación de que aun hoy se sirve con éxito el partido clerical y cuán poco escrupuloso se ha mostrado siempre en el empleo de armas tan mezquinas como la mentira y la calumnia (2). Los miembros de la sociedad patriótica que en una mesurada petición solicitaban la discusión de las reformas constitucionales eran calificados de pillos que querían destruir la religión, y no se vacilaba en excitar a la plebe a que ejecutara actos de violencia contra los jefes del partido democrático. El populacho no se lo hizo repetir dos veces y saqueó todas las casas de comerciantes y banqueros que de antemano les habían sido señaladas en escritos del tenor siguiente:

Cette maison doit être pillée,
Le chef en sera massacré
Pour conserver notre liberté:
Sans cela point de tranquillité,
C'est le vœu de la publicité (*).

Quando los jefes de los demócratas, duques de Arenberg y de Ursel, Walkiers, Godin, La Marck y otros, hubieron emprendido la fuga, los Estados de Brabante prohibieron los grupos sediciosos. La cosa estaba ya hecha y ellos eran los amos de la capital. Para asegurar su poder necesitaban, sin embargo, disolver el ejército que se encontraba a las órdenes del general de artillería, Mersch. Esta misión fué confiada al general prusiano Schönfeld que había entrado al servicio de los Estados y por quien Mersch, a pesar de la superioridad de su talento y de sus conocimientos, se dejó engañar y prender con una imprevisión incomprensible. El héroe de la revolución que había creído imposible que se le prendiera, a él que creía defender solamente la ley, hubo de dejarse internar en la ciudad de Amberes, tan adicta a los clericales, mientras Vonck y sus compañeros huían al extranjero. Schönfeld intentó atacar en sus posiciones a los austriacos; pero fué completamente derrotado en 18 y 23 de mayo. Los vonckistas, que se habían reunido en Lila formando un contingente de 5,000 hombres, desperdiciaron la ocasión que se les presentaba de caer sobre las tropas derrotadas y dirigirse a Bruselas; y tanto esperaron, que el clero pudo enviar contra ellos millares de campesinos que acabaron con algunos cuerpos de voluntarios que se les habían agregado. Los jesuitas tronaban contra los liberales y pedían su muerte, pasando por encima de los lentos procedimientos judiciales. «Nada de lentitud, nada de destierros, nada de saqueos, decía uno de sus libelos; la muerte, la muerte, la mas ignominiosa muerte. Cuando hayamos dado muerte a un centenar de traidores, no tendremos que combatir ya a los austriacos; entonces seremos libres; entonces seremos felices. Tal es el deseo mas ferviente del pueblo belga, tal es su voz, la voz de Dios: *Vox populi, vox Dei.*»

Los vonckistas se iban aproximando al gobierno austriaco, de manera que en 10 de julio escribía María Cristina a su

(1) Borguet, *Histoire des Belges*.—Véase sobre esto el trabajo de Liebrecht en la *Revista histórica* de Sybel, VIII, pág. 38.

(2) Sin defender la conducta de los clericales belgas de aquella época debemos decir que la reflexión del autor es por desgracia aplicable también a todos los partidos, y a todos los géneros de fanatismo.

(N. del T.)

(*) Este edificio será saqueado
Y su jefe asesinado
Para conservar la libertad,
Sin lo cual no habrá tranquilidad.
Tal es la pública voluntad.

hermano: «El conde La Marck estuvo á visitar al embajador Mercy para decirle en nombre propio y en el de su hermano, el duque de Arenberg, que á pesar de haber sido anteriormente partidarios de la independencia de Bélgica y de haber figurado en el partido patriótico, ahora deseaban ardentemente que el país volviera á estar bajo mi soberanía y que á este fin trabajarían con todas sus fuerzas (1).» En cambio, pedían que se modificara el sistema electoral, que se reuniera como antes la Asamblea de los Estados una vez al año y que el ejército prestara el juramento á la nación. Leopoldo no aceptó estas proposiciones, porque no creyó conveniente echarse en brazos de un solo partido, mientras pudiera evitar la guerra con Prusia. «Observo, contestaba en 9 de agosto á María Cristina, que todo cuanto dicen y proponen ahora los demócratas es consecuencia del convencimiento de que no pueden ser libres ni obtener el apoyo de Francia, con el cual habían contado.» Así, pues, ni Leopoldo ni mucho menos los radicales de la Asamblea nacional encontraban motivo para intervenir en Bélgica en pro de los clericales; Inglaterra lo sabía y permaneció impasible cuando el Congreso hizo llegar á Londres la amenaza de que, en caso necesario, la Bélgica se uniría á Francia, á cuya amenaza contestó Pitt que si así sucedía, Inglaterra juntaría sus tropas con las del Austria.

Los sucesos acaecidos en Bélgica convencieron al emperador Leopoldo de que toda negociacion con un pueblo tan obcecado y tan fanático sería inútil, y que debía limitarse á las promesas hechas y esperar el momento oportuno de llevar á cabo la reconquista del país. Entre tanto, presenció tranquilamente la cruzada que contra sus tropas predicaban los obispos y vió impasible cómo en las pastorales se calificaba la guerra contra él de cosa agradable á Dios y á los hombres, y cómo los monjes recorrian las aldeas una por una con el sable en una mano y el crucifijo en la otra, y se ponían al frente de los voluntarios. Todo esto no impidió que sus masas armadas se desbandasen al primer encuentro que tuvieron con los austriacos. Los sublevados no comprendieron toda la eficacia y extension del tratado de Reichenbach, consolándose con las mismas mentiras que entre el pueblo propalaban. Unas veces se decía que habían comenzado las negociaciones referentes á Bélgica; otras se prometía la intervencion de Francia, y otras, por último, se declaraba que el Austria no podría con sus 80,000 hombres enseñorearse del país. En el mes de setiembre se reunió en el Haya un congreso, en el cual Inglaterra, Holanda y Prusia estaban respectivamente representadas por lord Auckland, van Spiegel y el conde Keller. El congreso aconsejó á los agentes belgas que firmasen un armisticio con el Austria, despues de lo cual podrían conseguir el restablecimiento de la antigua Constitucion y una amnistía general, siempre bajo la condicion de que se sometieran á los consejos de las potencias congregadas. El conde Mercy puso, en el mes de octubre, en conocimiento de los belgas un nuevo manifiesto de Leopoldo, en el cual, con arreglo á lo expuesto en el congreso, se repetían las promesas anteriormente hechas y se añadía que si el día 21 de noviembre no se habían sometido los Estados, 30,000 austriacos penetrarían en Bélgica y se apoderarían á viva fuerza del país. El emperador, prescindiendo de los cuerpos revolucionarios, se dirigía á los Estados provinciales exhortándoles á que se reunieran y decidieran si querían ó no reconocer la autoridad legítima de su príncipe y prestarle el juramento de fidelidad bajo las condiciones marcadas. Además de esto, el conde Mercy aseguró que la religion católica seguiría siendo la dominante y que

(1) Wolf, *Correspondencia*, pág. 175.

el clero podría ejercer sin obstáculo alguno sus derechos y libertades.

Van der Noot procuró, á pesar de todo, obtener el apoyo de Francia, pero sus agentes no fueron recibidos por la Asamblea nacional. El general Dumouriez, que había permanecido en Bélgica tres semanas, para examinar por sí mismo la verdadera situacion de las cosas, publicó una Memoria, que era imágen fiel del desorden que reinaba en el seno de los partidos y de la ineptitud del gobierno revolucionario. Decía Dumouriez que en el ejército abundaba el valor, pero faltaban armas, uniformes, dinero, oficiales y disciplina; que su general, Schönfeld, era un ignorante que no comprendía que la suerte de Bélgica dependía del congreso de Reichenbach; y por último que Francia no podría sacar provecho alguno de ese caos (2). El mismo plan de Montmorin, que consistía en hacer inofensivo al duque de Orleans con la perspectiva de la corona de Brabante, hubo de ser desechado. El congreso belga se reunió el día 14 de noviembre; pero intimidado como se encontraba no se atrevió á reconocer la verdadera situacion de las cosas. El ejército estaba completamente desorganizado; el general Schönfeld, cuya tentativa de atacar á las tropas austriacas antes de que recibieran refuerzos había fracasado, presentó la dimision, siguiendo su ejemplo un gran número de jefes y oficiales; y en vano pidió el gobierno de Bruselas que se prolongara el plazo que terminaba el día 21 de noviembre; el conde Mercy contestó que no se prolongaría un día mas. El gran pensionario de Holanda, van Spiegel, hizo á Mercy la observacion de que la entrada de las tropas austriacas en Bélgica podría producir trascendentales consecuencias y hacer estallar el incendio en los cuatro ángulos de Europa; pero Mercy contestó que aunque el Austria tuviera que luchar con otras potencias, era para ella preferible la pérdida de los Países Bajos á la humillacion. En vista de lo fatal del plazo, el congreso se constituyó en sesion permanente y á las 11 de la noche, es decir, en el último momento hábil, acordó reconocer como gran duque heredero al hijo tercero del emperador, el joven archiduque Carlos, bajo la condicion, de que nunca el nuevo Estado podría ser agregado al Austria. Este acuerdo fué solemnemente proclamado; pero á nadie pareció bien; el conde Mercy dijo que la votacion de los Estados no había sido libre y declaró que el acuerdo tomado era un ataque al derecho hereditario del emperador; al mismo tiempo el mariscal Bender no permitió pasar de las avanzadas de su ejército á los comisarios, que iban á notificarle la resolucion adoptada y comenzó desde luego las operaciones militares.

El ejército austriaco se componía de 28,873 infantes, 4,575 jinetes, mandados por generales tan inteligentes como Browne, Alvinzic, Latour y otros. Difícilmente habrá una guerra mas alegre que esta ni se verificará una conquista tan rápida como la que entonces se llevó á cabo. La solemne promesa hecha por el emperador de que se respetarían la propiedad y la seguridad personal de los habitantes fué cumplida por las tropas, que en todas partes eran recibidas con júbilo por el pueblo, el cual, cansado del congreso y de la revolucion, no opuso obstáculo alguno al paseo militar que hacía Bruselas habían emprendido los austriacos. El día 24 de noviembre, Bender pasó el Mosa y llevó sus avanzadas hasta Quatrebras; y el 26 se apoderó de la ciudad y de la ciudadela de Namur en cuyos 180 cañones tantas esperanzas tenía fundadas van der Noot. El congreso de Bruselas procuró disfrazar la verdad, hasta que los fugitivos del ejército se presentaron como testimonios elocuentes en las calles de la capital. El general Köhler obtuvo entonces el mando del resto de los insurrectos,

(2) *Memoires du général Dumouriez*, I, 90-91.

cuyo número ascendía á unos 5,000, confiándosele la defensa de la capital y la conservacion del orden interior; pero no pudo evitar que el pueblo se sublevara contra los Estados y saqueara los almacenes y el arsenal, introduciendo en la ciudad el mas completo desorden. La mayoría de los diputados de los Estados abandonó la capital, y los jefes del partido clerical, van der Noot, van Eupen y el abad de Tengerloo huyeron á Holanda, mientras el cardenal Frankenberg se ocultaba en Bruselas. El ejército austriaco prosiguió su marcha, desde Namur hasta las puertas de la capital, y en 30 de noviembre intimó la rendicion sin haber encontrado resistencia en parte alguna. Algunos generales insurrectos se dieron el inocente placer de solicitar un armisticio que Bender, como era natural, les negó. En la mañana del 2 de diciembre, el magistrado entregó las llaves de la ciudad en la cual penetraron los austriacos, siendo amistosamente acogidos por el pueblo. Köhler, con el resto de los insurrectos, se dirigió á Gante, donde disolvió las tropas, en virtud de un mandato de los Estados brabantinos. Pocos dias despues, los austriacos se posesionaron de Malinas, de Amberes y de Gante, de modo que cuando el general Bender llegó á Bruselas (7 de diciembre) encontró en la capital diputados de todas las provincias belgas, que le anunciaron su sumision y pidieron que las tropas austriacas se encargaran de la conservacion del orden. Los Estados declararon tambien en el congreso del Haya, por medio de sus delegados, que se sometían á las condiciones impuestas por el emperador. Con esto terminó sus tareas dicho congreso, en 16 de diciembre, publicando un «Resúmen de las negociaciones,» en el que las potencias mediadoras Inglaterra, Holanda y Prusia garantizaban la posesion de los Países Bajos al Austria, que, por su parte, se obligaba á respetar en las provincias las Constituciones sancionadas por Carlos VI y por María Teresa. El emperador concedió una amnistía general, de la cual solo quedaron excluidos algunos personajes peligrosos y mantuvo todas las concesiones que había hecho á condicion de obtener una sumision voluntaria, tales como la derogacion de los decretos que afectaban á los derechos de la Iglesia, el restablecimiento de la universidad de Lovaina, la supresion de los seminarios generales y la autonomía de la Iglesia en el empleo de sus rentas. Tambien quedó terminada la sublevacion de Lieja, donde el pueblo y los Estados se habían rebelado contra el poder absoluto del obispo. Despues de las tropas imperiales y prusianas entraron las austriacas, restableciendo, á lo menos por algun tiempo, el antiguo orden de cosas.

La revolucion belga, despues de un corto período de agitacion, parecia haber terminado. El día 12 de diciembre, el cardenal Frankenberg celebró un *Te Deum* por la terminacion de los desórdenes y el restablecimiento del gobierno legítimo, y apenas trascurrido un año desde que José II había declarado caducados sus derechos sobre Bélgica, celebráronse en Bruselas y Amberes honras fúnebres dedicadas á su memoria. No faltó quien aconsejara al emperador que, haciendo valer el derecho de conquista, introdujera un nuevo régimen en aquel país; pero Leopoldo cumplió su palabra de rey respetando el tratado del Haya. El conde de Mercy, que llegó el día 4 de enero de 1791 á Bruselas, se encargó de la direccion del gobierno belga, mientras los archiducos gobernadores pasaban en Viena el invierno de 1790 á 1791. Estos llegaron á Bélgica el 15 de junio, siendo cordialmente acogidos por el pueblo. Desde el día 8 de julio, desempeñó las funciones de ministro el conde de Metternich, padre del que fué despues canceller de Estado, y que había sido hasta entonces embajador cerca de los electores eclesiásticos.

La candidez y moderacion del gobierno austriaco fueron tales, que dejó que van der Mersch viviera tranquilamente

en su patrimonio de Dadizeele y no hizo caso alguno de la indicacion que le hizo el gobierno holandés de que cerraría los ojos si convenia al Austria prender en territorio holandés á van der Noot y á van Eupen. A pesar de esta circunspeccion exagerada y quizás á consecuencia de ella se ofrecieron muy pronto algunas dificultades. Los vonckistas, que pedían se aumentara la representacion del tercer Estado y se votara por cabezas, no estaban muy satisfechos del restablecimiento de la forma de gobierno de los Estados, los cuales no mostraban gran energía cuando trataban de hacer valer sus derechos. Cuando el gobierno excluyó del Consejo supremo de Brabante á muchos individuos que habían tomado parte en la revolucion, los Estados creyeron ver en este acto una violacion de la Constitucion y se negaron á pagar las contribuciones. El emperador ordenó que se cumpliera estrictamente la Constitucion, pero que no se cediera en lo que fuese de ley; y en 5 de setiembre de 1791 escribía á María Cristina: «Los Estados niegan los subsidios, pero yo voy á acabar con ellos. He hecho cuanto exigian el deber y la conciencia; he cumplido todos los deberes constitucionales de un duque de Brabante, mas si esto no basta apelaré á la violencia y entonces los rebeldes tendrán en contra suya al pueblo y á mi ejército.» Leopoldo sabía el cambio que las ideas democráticas habían operado en la opinion que el país tenía antes formada acerca de los Estados. El partido democrático había crecido constantemente, pues los emisarios franceses avivaban el fuego. La Asamblea nacional de Francia no procedía con sinceridad, pues mientras en enero de 1792 declaraba su voluntad de estar en buenas relaciones con Austria, apoyaba en secreto á los descontentos. En Lila y en Breda funcionaban comités secretos presididos el primero por van der Mersch y el segundo por van der Noot, que podían disponer de unos 4 millones de florines y de unas 60,000 armas y que solo esperaban un momento oportuno para sublevarse de nuevo. «Conozco bien la situacion en que estamos, escribía el emperador á fines de aquel año; estoy convencido de que en ella no tienen parte ni Prusia ni Holanda, que actualmente nos son leales y que quieren firmar los tratados; solo es posible que éntre en escena la Inglaterra; pero lo cierto es que el peligro viene de Francia y del comité de Lila. Estoy tambien persuadido de que el clero excita secretamente á los Estados, movido de sus deseos de oponerse á todo y de impedir el triunfo de los vonckistas y la propia derrota que consigo traería la introduccion del sistema francés. Tampoco tengo la menor duda de que van der Noot, van Eupen, van der Mersch, Vonck, los Barnaves y todos los demás están completamente de acuerdo. Es de esperar, pues, una explosion y por lo mismo hay que estar sobre aviso y no dar ocasion á ella, pero en el caso de que estalle es preciso sofocar con todo el rigor militar el movimiento (1).» En efecto, habíase fijado para un nuevo levantamiento el mes de febrero de 1792; pero el gobierno pudo evitar que se realizara prendiendo, en 16 y 17 de enero de dicho año, á los conjurados. El gobierno acordó entonces pedir que van der Noot fuese expulsado de Holanda, pero no pudo conseguir que Inglaterra ratificara el tratado del Haya con las modificaciones que en él había introducido Leopoldo. Los mismos políticos eminentes de Inglaterra, acostumbrados á pescar en rio revuelto, no sospecharon la gran importancia que en lo porvenir tenía para el Austria el ocupar una fuerte posicion en Bélgica, y miraban con buenos ojos la revolucion que tanto dinero les costaba.

La segunda mision de importancia que á Leopoldo impu-

(1) Leopoldo á Cristina, 31 de diciembre de 1791. Wolf, *Correspondencia*, pág. 283. María Cristina, II, 104.